

Las Crónicas de los Tres Colores

~ ELECCIONES ~



evolution
net
emou



ANABEL BOTELLA

Las Crónicas de los Tres Colores

~ ELECCIONES ~



volution
nowe.net



ANABEL BOTELLA



.nowevolution.
EDITORIAL

Título: Elecciones.
Saga **Crónicas de los tres colores.**
© 2015 **Anabel Botella Soler.**

© Ilustración de portada: **David Puertas.**
© Diseño Gráfico: **Nouty.**
© Fotografía de la autora: **Javier Caró.**
Colección: **Volution.**

Primera Edición Marzo 2015.
Derechos exclusivos de la edición.
© nowevolution 2015.

ISBN. 9788494435720
Edición digital Octubre 2015

Esta obra no podrá ser reproducida, ni total ni parcialmente en ningún medio o soporte, ya sea impreso o digital, sin la expresa notificación por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Más información:

www.nowevolution.net / **Web**
info@nowevolution.net / **Correo**
nowevolution.blogspot.com / **Blog**
[@nowevolution](https://twitter.com/nowevolution) / **Twitter**
[nowevolutioned](https://www.facebook.com/nowevolutioned) / **Facebook**
[nowevolution](https://plus.google.com/nowevolution) / **G+**

*A Juanjo, porque vivir contigo es mucho más
emocionante
que cualquier novela que pueda escribir.
A Ian, porque tú me inspiraste a Fred.
El camino hacia la madurez no es nada fácil.*

Prólogo

Raan-Kizar era un hermoso lugar hecho a medida para los dioses, de edificios con cúpulas doradas que brillaban más que el sol. Innumerables bóvedas de diferentes tamaños se sucedían a lo largo de la ciudad, que resplandecía desde el suelo hasta el cielo.

La brisa era suave y siempre traía aroma a miel y flores por las tardes. El tiempo transcurría sin prisas y las agujas del reloj apenas se escuchaban. Cuando el sol se escondía las estrellas titilaban en el firmamento con calma.

Una de aquellas noches apacibles, en uno de los palacios más altos de Raan-Kizar, una niña llamada Magriana, quien tenía el don de ver el futuro, soñó con otro mundo.

Al fin llegaba su oportunidad, aquello que tanto ansiaba estaba al alcance de su mano. Suspiró antes de levantarse con calma. También ella soñó que sería parte de esa extinción. Los dioses se alzarían en una guerra sin cuartel y por ello debía jugar muy bien sus cartas.

Necesitaba preparar su gran momento.

En una mañana en la que el sol apenas iluminaba el cielo caminó hasta su armario y escogió su mejor vestido. Peinó su cabello del color de los rubíes, tan rojo, tan púrpura, tan hermoso como un amanecer en un mar de plata, hasta que el sol brilló en el cielo. Se miró en un espejo tras haber ensayado su discurso más de cien veces y dibujó la mejor de sus sonrisas, cándida por fuera y sagaz por dentro.

—Fred Jones... al fin nos conoceremos —dijo antes de abandonar sus aposentos.

Atravesó los pasillos del palacio de Eslhabía con urgencia, se miró en las puertas de oro bruñido que se encontraban

en su camino y al final traspasó los dominios de la diosa que pondría el futuro en sus manos.

—He visto otros mundos —anunció la niña, que por aquel entonces no tenía más de doce años—. Mundos donde podemos gobernar. —Eslhabía la escuchaba con suspicacia—. Hay un chico llamado Fred Jones que nos abrirá las puertas. Sus dibujos cobrarán vida y creará un mundo mejor que el que tenemos. Ya no necesitaremos a los dragones... Ya no.

Sin embargo Magriana se guardó de comentarle cuál era su verdadero deseo. Muy pronto ella tendría la llave para abrir las puertas a otros mundos.

—¿Otros mundos? —respondió Eslhabía—. Nuestra condición no nos permite viajar a otros mundos. Sabes que solo los dragones y Padre pueden realizar esos viajes.

La niña negó varias veces con la cabeza. Eslhabía acarició su mejilla y Magriana sintió la frialdad de sus dedos.

—El futuro ya está aquí; muy pronto nuestro mundo estallará en mil pedazos. El sol agoniza y habrá una guerra. —La niña sostenía una esfera de cristal, del tamaño de una nuez, en la mano. Se la colocó en el entrecejo y dejó que la bola le hablara—. Vuestro destino y el mío están unidos.

—Mi querida niña —soltó Eslhabía con una sonrisa arrebatadora—, ¿cómo pretendes que salgamos de aquí? Solo los dragones pueden sacarnos de aquí. Yo no poseo la llave.

Magriana jugó nuevamente con la esfera. Parecía estar en trance.

—Sí, la tenéis. Tahor y Maasia nos sacarán de aquí —dijo al fin Magriana bajando la mirada al suelo.

—¿Ellos...? —se preguntó en voz alta. Se acercó a un espejo para arreglarse el cuello de su túnica blanca—. Eso sería imposible. Jamás se unirían a nosotros.

—Pero no serían papá y mamá quienes vayan a hablar con los dragones, sino Magma, vuestro querido hermano y vuestra excelencia —contestó mordiéndose un labio—. Os

convertiréis en papá Tahor y mamá Maasia y rogaréis a los dragones para que nos saquen de esta trampa mortal que se ha convertido Raan-Kizar para todos nosotros. En cuanto lleguemos a la Tierra mis hermanas y yo le concederemos un poder cada una a Fred Jones. —Su mirada se perdió en aquella visión que estaba teniendo—. El talento de este chico, como ya os he dicho, será crear mundos más allá del papel. Podremos gobernar a nuestro antojo.

Eslhabía pensó en la propuesta de la niña.

—¿Qué ganamos Magma y yo si nos unimos a vosotros? Si nos descubren seremos desterrados a la isla de Elrer. Te aseguro que no es nada agradable estar allí.

—Hay muchos mundos que gobernar. Los dragones nos tienen confinados en este pedazo de tierra que está llegando a su fin. Si logramos llegar a este chico no necesitaremos a los dragones para abrir las puertas a otros mundos. Confíe en mis palabras.

—¿Abrir otras puertas...? Eso sería fabuloso. —Recordó cuando su esposo había ido en busca de su amada hija Tigrial al Reino Prohibido. ¿Conseguiría volver a abrir las puertas?

—Sí. Seremos más grandes que Kuangoo, más grandes que todos los dioses, más grandes que todos los dragones. —La mirada de la niña se iluminó.

—¿Me estás pidiendo también que traicione a Kuangoo? Ciertamente no te faltan agallas para venir a hablar conmigo. No levantas dos palmos del suelo y ya tienes ansias de poder.

—En eso he tenido buenos maestros... —La niña la miró a los ojos antes de continuar hablando—. Entonces, ¿acepta mi proposición?

Eslhabía soltó una carcajada y asintió con la cabeza.

—Eres una niña adorable, ¿lo sabías?

—Eso dicen de mí.

Sin embargo ella tenía otros planes, pues mientras confabulaba con Eslhabía también conspiraba con el

Consejo de los Justos, además de hacerlo con Kuangoo. Magriana se presentó una vez más como una chiquilla inocente que había sido utilizada por Eslhabía y Magma, su hermano. Su sonrisa cándida era su mejor baza...

Magma se sentó en el borde de la cama y tocó con su mano el hombro de Eslhabía, que permanecía durmiendo.

—Hermana, despierta. Hoy es el día. ¿Ves cómo todo llega?

—¿No podías esperar a mañana para decirme estas tonterías? —contestó bostezando—. Presentarte aquí ha sido una imprudencia por tu parte. No cantes victoria todavía.

—Ya es una victoria que la puerta a la tierra se abra en breve —dijo Magma.

—Magriana se llevará una sorpresa —se mojó los labios Eslhabía.

—Pagaría por ver ese momento.

—No te quejes, que tú también tienes tus dosis de entretenimiento.

—¿Cuánto crees que seguiremos esperando? —se preguntó Magma.

—Eso depende de las circunstancias y de lo que Sylvia haga. Pero ahora, si no te importa, me gustaría seguir descansando. Me queda un largo día por delante.

—Está bien. Ya no resultas tan divertida como antes. —Magma chasqueó los labios.

—Llevas razón, pero tú sigues siendo un quejica —contestó la mujer tapándose nuevamente con las manta—. Ya verás como dentro de poco tu suerte cambia. Estoy deseando saber qué pasará cuando el chico llegue aquí.

1

El dibujo que fue hablar con Fred

Fred siempre se quejaba de que nunca pasaban cosas interesantes en su vida. Con casi quince años era un chico bajo para su edad, le sobraban un par de kilos y llevaba unas gafas de pasta negra. Tenía el pelo liso y se dejaba el flequillo a modo de cortinilla para esconderse cuando tenía que hablar con alguna chica. Según sus profesores era un chico listo, pero algo infantil. Sus ojos eran como dos esmeraldas grandes. Solía ir con los hombros encogidos y la cabeza gacha. Se interesaba por los cómics, por los libros de detectives y por jugar a rol con el conserje de su colegio, con el que chateaba por Internet.

En ocasiones, pasaba el rato con un globo terráqueo que tenía en su habitación y se imaginaba alguna aventura más allá de las paredes de su casa. Casi siempre viajaba a Japón. Cuántas veces fantaseó con ser un guerrero importante, en cuyas manos estaba el salvar al mundo de una terrible amenaza, o voló a lomos de un dragón visitando los distintos lugares de la Tierra.

Aquella noche estaba tumbado sobre su cama. Vio asomar la Luna sobre las azoteas desiguales de los edificios del otro lado de la calle. Una lluvia fina repiqueteaba en el cristal de la ventana de su habitación. Deseaba que siguiera lloviendo, y no porque lo encontrara romántico, sino porque al día siguiente tenía una de esas excursiones que tanto detestaba. Aún se acordaba de la última vez que fue al barranco de Agua Negra. Sí, era cierto que el sitio era genial, pero quizás aquel día no fue el apropiado para recorrer el monte.

Para empezar, durante aquella excursión no paró de llover en toda la mañana. Después se cayó mientras bajaba por una senda que bordeaba el barranco, barrió con sus pantalones la ladera y dio con sus huesos en el lecho del río. Para colmo la palma de su mano izquierda se llenó de pinchos, que su madre tuvo que quitarle con un alfiler cuando llegó a casa. Además, había pasado tanto frío que llegó a casa con casi cuarenta de fiebre. Sin embargo, lo de la fiebre fue lo de menos; lo peor de todo fue que sus compañeros estuvieron riéndose de él en el autobús durante el trayecto de vuelta al colegio. A partir de aquella excursión fue Fredgona para todos los compañeros de su clase.

Y ahora Consuelo, su profesora de Naturales, quería volver a repetir la excursión. ¿Para qué? Ya conocían de sobra aquel odioso lugar.

Quizás le podría decir a su madre que no se encontraba bien. Él no solía ponerse enfermo. Es más, aquella fue la única vez que había enfermado en años. Estuvo pensando en varias excusas y, cuando al final se sintió demasiado cansado para seguir despierto, la fatiga le venció.

Toc. Toc. Fred oyó golpear en la puerta de la habitación.

—Ya voy, mamá —dijo medio adormilado.

Volvió a escuchar dos golpes sordos. Toc. Toc.

—Ya te he oído —refunfuñó Fred—. Ya me levanto.

Abrió los ojos, pero la habitación aún seguía a oscuras y la casa estaba completamente en silencio. Incluso no escuchaba los pasos de la vecina de arriba. Debía de haber soñado aquellos golpes, pensó antes de volver a oírlos.

Toc. Toc.

No, se dijo, aquellos golpes no eran parte de un sueño, porque los volvió a escuchar claramente. Y era plenamente consciente de que estaba despierto.

—Enana, ¿eres tú? —preguntó con un nudo en la garganta.

Esperó una respuesta antes de preguntar de nuevo. Su hermana pequeña venía a veces a su habitación en mitad de la noche cuando tenía pesadillas, pero ella nunca llamaba a la puerta, sino que se metía directamente en su cama y le decía:

—Tete, he tenido una pesadilla. —Alina acariciaba su pelo hasta que se quedaba durmiendo.

Así que aquellos golpes no los debía de hacer Alina. Súbitamente escuchó un carraspeo.

—Enana, ven a la cama. Vas a coger frío en el pasillo —pudo farfullar en medio de un castaño de dientes.

Se decía a sí mismo que aquel baile de dientes era porque hacía mucho frío en su habitación, pero la verdad es que tenía tanto miedo que no quería reconocerlo delante de la Enana. ¿Qué iba a pensar Alina de su hermano mayor? ¿Que era un cagueta? Eso ya se lo decían en su clase. No hacía falta que también lo reconociera Alina. Pero, ¿por qué tardaba tanto su hermana en venir a su cama?

—¿Alina... estás ahí?

Encendió la lámpara y se puso sus gafas para ver qué hora era.

—¡Vaya! ¡Si son las cuatro y media de la mañana!

Se levantó intentando no hacer ruido, pero esa no era una de sus cualidades, pues tropezó con una esquina del edredón de la cama y cayó de bruces al suelo. Fred era patoso desde que nació. Así se lo decía todos los días su padrastro.

—¡Shhh! —chistó alguien en su habitación—. Vas a despertar a tu familia.

Fred se quedó paralizado. No podía moverse, y si hubiera podido, no lo habría hecho. Aguzó el oído para saber de dónde venía esa voz. ¿Habría alguien debajo de su cama? Quería gritar, llamar a su padrastro y decirle que había alguien en su habitación. Quizás era algún ladrón en busca de joyas, pero en cuanto se diera una vuelta por la vivienda se daría cuenta de que su familia no era precisamente rica.

Su casa estaba llena de dibujos, máquinas, artilugios raros, libros, artículos, revistas científicas y toda clase de relojes de cuerda. Su padrastro llevaba varios años inventando chismes raros, aunque aún no había encontrado a ningún inversor que apostara por sus ideas. Y su madre no poseía más que las cuatro joyas que le había dejado la abuela Margot, la madre de su padre.

—¿Quieres hacer el favor de volver a la cama? —dijo una voz aguda.

Fred se metió en la cama de un salto y se tapó hasta la cabeza con el edredón. Sacó una mano para apagar la luz, pero aquella maldita lámpara no quería apagarse. Entonces notó que algo se metía debajo de su edredón. No debía medir más de veinte centímetros. ¿Sería el hámster de la Enana? Ya se había escapado una vez de la jaula. Sin embargo la puerta de la habitación estaba cerrada.

—Hola, Fred...

Fred pegó un brinco en la cama cuando advirtió que quien le hablaba era un duende, el mismo duende que Alina había dibujado en varias ocasiones y había colgado por toda la casa. «¡No puede ser!», pensaba mientras trataba de tranquilizarse. Tenía las mismas orejas puntiagudas, la misma sonrisa sarcástica, los mismos ojos negros...

Odiaba ese dibujo, hasta podía sentir cómo clavaba su mirada en él cada vez que caminaba por el pasillo, o cómo escrutaba hasta el último de sus movimientos cuando acudía a la habitación de su hermana. Y no solo eso, en ocasiones hasta le parecía escuchar conversaciones entre Alina y ese duende que tenía dibujado en la puerta de su cuarto.

—Sí, ya sé lo que estás pensando. Y sí, soy yo... —contestó el duende con una mueca burlona.

—¿El dibujo de Alina? —inquirió Fred sin terminar de creérselo.

—Sí, soy el dibujo de Alina y no un sueño como imaginas —respondió el duende encogiéndose de hombros—. No

tiene nada de extraño. Ella tiene...

Fred pegó un nuevo salto en la cama.

—Debo estar soñando... no puedo estar hablando con un dibujo. —Se tocó la frente para comprobar que no tenía fiebre—. No, no tengo fiebre. Esto parece sacado de algún libro. No puedo creerlo.

—¿Te quieres estar quieto de una vez? Casi me pisas.

Fred dudó unos segundos. Aquello tenía que ser un maldito sueño.

—¿Ya estás más calmado? —dijo el duende, que se sentó encima de la almohada, cruzó las piernas, sacó tabaco para fumar y una pipa muy larga, pero antes encendérsela le preguntó—. ¿Fumas...?

Fred negó con la cabeza. No podía articular ni una palabra.

—Menos mal —respondió el duende soltando un bufido—. Te lo he preguntado por educación. Cuando salgo de casa suelo llevar solo una.

—No puedes fumar en casa —se atrevió a decir Fred después de que el duende diera dos caladas profundas a su pipa y la habitación se llenara de un intenso olor a madera—. A mi madre no le gusta el olor a tabaco. Dice que le produce dolor de cabeza.

El duende pareció no haberlo escuchado porque siguió fumando con placer.

—Déjate de idioteces, Fred. Para cuando ella venga a despertarte no quedará ni rastro de este olor. —El duende se reclinó en el cabezal de la cama, y estirando las piernas, las cruzó para ponerse cómodo. Masculló algo entre dientes—. ¡Sé que se me olvida algo! Y es algo importante... ¡Qué cabeza la mía no recordar lo que tenía que decir! Esto no me lo va a perdonar Alan.

Fred cogió el edredón para taparse de nuevo. Los dientes le seguían castañeando, pero esta vez era porque tenía frío. Y aunque siempre había soñado con vivir aventuras extraordinarias, al menos podía haber acudido algún

samurái mientras dormía. Sin embargo, ¿quién querría soñar con un duende? Si tenía que correr toda suerte de peligros al menos le hubiera gustado decidir qué clase de historias vivir. Puestos a elegir hubiera preferido que hubiera venido un caballero, o quizás un mago. Pero, ¡un duende! Si es que hasta en eso tenía mala suerte.

—¡Ahhh! ¡Ya me acuerdo! —exclamó el duende chasqueando los dedos—. Se me había olvidado presentarme. Soy Kuangoo...

—¡Anda ya! Ese no es el nombre típico de un duende —se apresuró a decir Fred—. Tu nombre parece chino.

Kuangoo dio una calada a la pipa. El humo que salió de sus labios dibujó varios animales, que Fred miró con la boca abierta.

—¡Guau! ¡Qué pasada! ¿Cómo has hecho eso? —preguntó Fred tratando de alcanzar con un dedo un dragón que se escapaba hacia la ventana.

—Como te iba diciendo antes de que me interrumpieras, soy Kuangoo —dijo paseando por la cama como si aquello fuera el parque que había debajo de la casa de Fred—, y he venido porque Alan quiere conocerte.

—¿Alan...? ¿Qué Alan? —inquirió. A esas horas de la noche su mente no estaba para pensar, y menos aún para adivinar quién era ese tal Alan.

—Alan, el profesor de dibujo de Alina, Fred, que hay que explicártelo todo —contestó sin perder la paciencia—. Alina te lo dice todos los días, pero como tú no le haces caso me ha mandado a mí. Vas a cumplir quince años y ya tienes edad para saber la verdad.

—¡Está bien, está bien! Ya sé quién es ese Alan, pero, ¿por qué quiere conocerme? Yo no soy famoso y ni siquiera sé dibujar —le interrumpió el chico, intrigado—. ¿Y qué verdad es esa? —se dijo para sí—. Esto es muy predecible. Sigue pareciendo una novela.

Nunca había sido un chico que destacara en nada, incluso la Enana dibujaba mejor que él. Sus dibujos parecían los de

un niño de nueve. Así que no encontraba lógico que un duende viniera a decirle a las cuatro y media de la mañana que el profesor de dibujo de su hermana quería conocerle. Esto tenía que formar parte de la pesadilla, se repetía una y otra vez. Y además, cada vez que pensaba que estaba hablando con un dibujo le encontraba menos sentido a todo.

—Tú tienes las cualidades para regresar —dijo por fin el duende—. Alina también tiene este don, pero no es como el tuyo. Debes saber quién eres en realidad.

—Tú flipas, tío. A estas horas no estoy para bromas. Es posible que tú estés de vuelta de todo, pero a mí no me la pegas —silabeó Fred con los ojos como platos, intentando asimilar la situación que estaba viviendo—. Yo soy Fred y te puedo asegurar que tras la puerta de ese mueble no hay un mundo extraordinario. Yo he leído Las crónicas de Narnia. ¿Y regresar? ¿A dónde? —Se levantó de la cama y se puso a caminar por la habitación, gesticulando con las manos, sin saber muy bien qué hacer con ellas—. Yo no me he ido a ningún sitio. Yo siempre he vivido en Valencia.

—Vuelve a la cama antes de que...

Fred tropezó nuevamente con un zapato que se había interpuesto en su camino. Estaba seguro de que cuando se levantó de la cama ese zapato no estaba en medio de la habitación. ¿Por qué todos los objetos se empeñaban en ponerse en mitad de su camino?

—Vaya, ya la has liado —murmuró Kuangoo.

Apagó su pipa, sacó unos polvos dorados de una cajita que llevaba en su chaleco rojo carmesí y sopló para esparcirlos por la habitación. El olor a tabaco desapareció y en su lugar quedó un intenso aroma a tierra mojada. Las ventanas se abrieron de golpe y entró el frío de la noche. Después corrió a esconderse bajo las sábanas.

En esos instantes, Sara, la madre de Fred, golpeó tres veces la puerta de la habitación.

—Fred, ¿te encuentras bien? —preguntó con la voz ronca aún por el sueño.

Se quedó paralizado. No quería moverse, ni siquiera pestañear por miedo a tropezar con otro zapato traicionero.

—Sí, mamá. No es nada —dijo entre susurros—. Tranquila, vuelve a la cama.

—¿Puedo pasar? —preguntó Sara soltando un gran bostezo.

Entonces Fred advirtió que encima de la cama estaba el gorro de color rojo de Kuangoo. Tenía que llegar a la cama antes de que su madre abriera la puerta y descubriera ese gorro. Aunque para llegar debía hacerlo sin tropezar con nada. Una gota de sudor resbaló por su mejilla. Sabía que podía conseguirlo. Su madre le decía que solo tenía que mirar dónde ponía el pie. Eso hizo. En dos segundos llegó a su cama sin hacer ruido. Escondió el gorro debajo de las sábanas y se tapó con ellas.

—Sí, mamá, puedes pasar —dijo soltando un suspiro.

Sara levantó levemente la manilla para abrir la puerta con cuidado porque solía engancharse con el marco. Asomó la cabeza, y desde allí exclamó:

—¡Santo cielo! ¡Estás sudando! —Sara corrió a sentarse en el borde de la cama. Posó su mano en la frente de su hijo para comprobar que no tenía fiebre—. ¡Pero si estás ardiendo!

Sara continuó hablando mientras Fred se perdía en sus pensamientos. Ahora lo entendía todo. Había sido una alucinación. Los duendes no existían, y de existir, no se presentaban en la habitación de uno a decirle que tenía cualidades. Pero ¿a qué se refería con que él tenía cualidades? Todo el mundo sabía que desde que había nacido no tenía cualidad para ninguna cosa.

La cabeza comenzó a darle vueltas.

—Es que no me extraña que tengas fiebre, Fred. Te has dejado la ventana abierta —continuó diciendo Sara—.

Mañana no irás al colegio. Deja que te ponga las manos sobre la cabeza.

«¡Estupendo!», exclamó Fred. Ya tenía una excusa para no acudir a la excursión.

Impuso las manos sobre la frente de Fred. La fiebre desapareció en menos de cinco segundos. Fred no sabía cómo lo hacía su madre, pero ella tenía una habilidad especial para curarle cuando se encontraba mal. Ni él ni Alina habían pisado nunca la consulta de un médico porque sus manos parecían poseer magia. Jamás le había dado importancia, pero de un tiempo a esta parte, cuando él le preguntaba el porqué de esta cualidad, su madre siempre aducía que había estudiado reiki, un tipo de terapia japonesa que aprendió años atrás de una maestra de ese país.

—¿Cuándo me enseñarás reiki? —le preguntó Fred.

—No sé, quizás algún día, cuando seas mayor. Ahora no es el momento.

Como tantas otras veces Sara nunca encontraba a Fred lo suficientemente mayor como para decirle la verdad.

—Voy a prepararte un vaso de leche caliente para que descanses un poco —dijo saliendo en dirección a la cocina.

Al contrario que Fred, su madre lo hacía todo en completo silencio, incluso sin encender las luces. Muchas veces Fred se había preguntado cómo podía ver en la oscuridad sin tropezar con nada. Sara parecía poseer un sónar, como los murciélagos, en su cabeza. A veces la había imaginado como una especie de mujer gata, como en los cómics de Batman.

Por lo visto, según decía su madre, se parecía mucho más a su padre, aunque Fred aún estaba esperando a crecer o a dibujar como él.

Kuangoo salió de debajo de la cama para ponerse nuevamente el sombrero. Rebuscó por las revueltas sábanas hasta encontrarlo a los pies de Fred.

—Tienes los pies fríos —murmuró Kuangoo—. No te muevas, que ya te los caliento antes de que venga tu madre. ¡Ah! Podrías agradecerme este gesto. He subido un poco tu temperatura corporal para que tu madre piense que tienes fiebre y mañana no tengas que ir a la excursión.

—Si es que lo pensaba, esto es parte de una pesadilla. — Se llevó las manos a la cabeza.

Kuangoo comenzó a soplarle sobre sus pies. Fred se relajó hasta tal nivel que estuvo a punto de dormirse. Debajo de la ropa de cama se formó una corriente de aire caliente. Fred lanzó un grito sordo. Por unos instantes se había olvidado del duende.

—No te estarás quieto —dijo Kuangoo corriendo por el colchón. Asomó la cabeza por un lateral de la cama y se colocó sobre la almohada—. Cuántas veces te tengo que decir que no soy un sueño... —se metió bajo las sábanas y permaneció quieto.

Sara entró como un fantasma sigiloso en la habitación, con un vaso de leche caliente en las manos.

—¡Pero qué calor hace en esta habitación! Ven, recuéstate y tómate la leche... —Sara lo ayudó a incorporarse en la cama. Después le pasó nuevamente la mano por su frente —. Santo cielo, Fred, estás muy caliente...

—No es nada, de verdad, mamá. Estoy seguro que se me pasará cuando me tome la leche y descanse un poco. Igual tus manos han dejado de funcionar.

—Mis manos siempre funcionan —replicó la madre con firmeza—. Deja que te las ponga de nuevo. —Cerró los ojos y se concentró—. Esto es muy extraño, Fred. Tu cuerpo me dice que está bien, y sin embargo la fiebre no baja. Túmbate. —En cuanto colocó una mano en el pecho de su hijo la fiebre remitió de nuevo y sonrió satisfecha—. Y ahora, descansa.

Sara se levantó y apagó la luz de la habitación. Puso la mano sobre el pomo para no hacer ruido y así no despertar ni a Daniel ni a Alina. Antes de cerrar la puerta le dijo:

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, mamá.

Kuangoo encendió una pequeña lámpara que sacó de un bolsillo de su chaleco. Tras rebuscar entre los muchos bolsillos encontró unos caramelos, unas gafas, un libro más grande que él, un mantel, una copa de oro, una jarra con agua y otra cajita con polvos.

«¡Vaya! Esos bolsillos parecen la bolsa de Mary Poppins», pensó Fred maravillado.

—Abre por la página ciento cincuenta y cuatro —le dijo Kuangoo mientras se ponía unas gafas con la montura cuadrada, se comía un caramelo y extendía el mantel.

Fred obedeció. Abrió el libro por la página indicada. Un dragón de color rojo salió a recibirlo. Fred dio un nuevo salto en la cama. Aquel dibujo parecía tan real que por unos instantes creyó que había traspasado las páginas.

—Ese dragón de ahí se llama Satvia y está esperando a que algún día cabalgues sobre él, pero eso ya te lo contaré en otro momento —explicaba a la vez que iba preparando una poción con los polvos plateados que había en una cajita. Los mezcló con agua en la copa de oro, los removió con el dedo, probó la pócima e hizo un gesto de desagrado con la boca—. Aún está amargo—chasqueó los labios—. Cuando sepas todo lo que tienes que saber, Satvia te llamará. Pero no era del dragón de lo que quería hablarte. —Sus dedos comenzaron a moverse sin control por encima de la copa—. Tienes que aprenderte la frase que está escrita en rojo.

—¿En rojo? —preguntó extrañado porque no había ninguna palabra en el texto que tuviera ese color.

—¡Ay! Es verdad —reconoció Kuangoo—. Se me había olvidado que aún no puedes leer los libros mágicos.

Y acto seguido chasqueó dos dedos y aparecieron unas letras rojas en relieve.

Si no se sabe dónde está, no se va.

—¿Lo has entendido? —preguntó Kuangoo borrando de su rostro esa sonrisa burlona que tenía—. Es importante que lo entiendas bien, Fred.

—¿Y no se puede preguntar dónde está? Sería lo más lógico

—No, Fred. Quiero que entiendas la frase: Si no se sabe dónde está, no se va. Algún día sabrás el porqué.

—Creo que no es muy difícil de entender —dijo encogiéndose de hombros.

Kuangoo cerró el libro antes de que Fred se decidiera a hurgar por las páginas. Volvió a llevarse el dedo a la boca para comprobar que la poción estaba en su punto, asintió con la cabeza, vació el contenido en la palma de su mano y después sopló encima de Fred.

—¿Qué haces? —preguntó este.

—Mañana, cuando se levante, tu madre volverá a encontrarte con fiebre —contestó Kuangoo. Volvía a lucir una sonrisa burlona—. Pero no te preocupes porque tu cuerpo está sano.

Fred se acomodó en la cama y bostezó varias veces. Se había quedado tan relajado como cuando tomaba un baño de agua caliente.

—Bueno ya sabes lo que tienes que hacer —le informó el duende—. Procura descansar porque mañana conocerás a Alan... —quiso decirle que también conocería a todos los demás, como había acordado con Sara, pero por esa noche ya había tenido suficiente.

—Vale, sí, lo que tú digas, pero ahora déjame dormir —se dio media vuelta en la cama y se tapó hasta las orejas.

—Buenas noches, cariño —replicó Kuangoo antes de saltar de la cama.

Fred lanzó un manotazo en dirección al duende pero, cuando su mano llegó al edredón, este ya había salido corriendo.

Antes de que Kuangoo desapareciera de la habitación, miró a Fred con una mueca de resignación. Tenía tanto que

aprender, que temía no llegar a tiempo antes de que la puerta se abriera de nuevo. Porque una cosa tenía clara, Magriana conseguiría abrirla de nuevo.

—¿Qué ha dicho Fred?

—Me preocupa, Kalpar —contestó Kuankoo—. Fred está muy verde.

—Maasara ha prometido que le contaría quiénes somos.

—Sí, ya sé que lo ha prometido, pero no podemos obligarla a que sea hoy.

—¿A qué tiene miedo?

—A perder a su hijo, Kalpar —respondió Kuangoo—. Entiendo por lo que está pasando.

—Hace mucho que no hablamos de Ella. ¿Piensas en Ella?

—Sí, no hay día que no lo haga. No pude salvarla, Kalpar. Fui al Reino Prohibido a por Ella, pero eligió su camino. Llega un momento en que los hijos toman sus decisiones.

—Al menos sabes que sigue viva —soltó Kalpar.

—¿Pero a qué precio? El Reino Prohibido es el peor de los sitios donde querríamos estar. Aquello es un auténtico infierno.

—Ella está enamorada —replicó la mujer.

—El amor nos hace cometer auténticas locuras —Kuangoo sacó su pipa del chaleco y comenzó a dar unas cuantas caladas—. Yo levanté a todos los dioses por satisfacer a Eslhabía, porque creía en sus palabras.

—Todos aprendimos de aquella guerra.

—¿De verdad lo crees? —quiso saber Kuangoo—. Yo sigo pensando que nos quedan algunas batallas por ver.

2

La puerta se abre

Esa mañana Sylvia se levantó temprano. En unas horas cruzaría la puerta al otro lado. Caminó descalza hacia el balcón para abrir las contraventanas de par en par. Corrió las cortinas con suavidad porque le gustaba sentir el frío de las últimas horas de la luna. Su piel pálida solía estremecerse bajo el camisón de seda blanco que le había regalado Cariän. Miró la ciudad que aún dormía a sus pies. Las primeras nieves ya habían llegado al monte Miwofu, el pico más alto de Bobair. Desde su habitación, que estaba en la torre más alta del palacio, podía observar todo cuanto acontecía en la capital. Las estrechas calles de la ciudad estaban prácticamente vacías.

Las chimeneas dejaban escapar hilillos grisáceos de humo que se desvanecían en el aire, signo de que la actividad comercial todavía no había comenzado. Algún ladrido de perro o alguna pelea de gatos quebraban el silencio de la noche. Aún no se escuchaba el murmullo del trajinar de sus gentes, la risa de los niños corriendo o la voz cautivadora de Magriana, la hechicera de Bobair.

Todas las mañanas Magriana llegaba a palacio con las noticias y chismes de la ciudad para lady Moura. Nada se le escapaba a esa pequeña mujer de aspecto indefenso, pero tan fuerte como un roble. Magriana no mediría más de un metro y cincuenta centímetros. Era delgada, flexible como una caña de bambú, de manos y pies ligeros y con unos grandes ojos negros que no perdían ningún detalle. Era de una hermosura fascinante, de aspecto lozano, aunque su edad era todo un misterio para los habitantes de Bobair.

Tenía el pelo de color rojo grana, liso, y tan largo que le llegaba a los tobillos. Todos los días se ponía unos abalorios de colores en él como único signo de coquetería.

Desde muy joven —decía una leyenda— se encargó de hacer circular por el Imperio que era diferente. Magriana, como el nombre de la diosa, tenía el don de ver el futuro en una esfera de cristal. Gracias a ella, lady Moura sabía que una gran amenaza se cernía sobre el pueblo de Bobair. Y ese día la hechicera abriría la puerta para que Sylvia y Cariän viajaran al otro lado.

Cariän, el capitán de la guardia de lady Moura, aún no había tocado el lituus, una trompeta cilíndrica y curvada de grandes dimensiones de bronce bruñido. Y eso solía ser a la última hora de la luna. Sylvia solía esperar el primer toque para levantarse. Pero ese día era especial. En la segunda hora del sol ella y Cariän cruzarían la puerta en busca de Alantarior y de su protegido. Muchos aún recordaban el gobierno de Alantarior, aunque lady Moura se había encargado de destruir todo rastro que hablara de él, reinventando y tergiversando la historia. Ya no quedaba ninguna estatua de él en el Imperio, ni ningún libro lo nombraba, a pesar de que la gestión de su gobierno había sido la mejor en muchos años.

Del protegido sabían que era un chico alto, preparado para el combate, de pelo liso y oscuro, que tenía los ojos verdes y rondaba los quince años.

Estaba decidida a cumplir con la misión que se le había encomendado. No podía fallar como Alantarior, su padre. Llevaba muchos años entrenándose para ese momento. El destino de lady Moura y el de su pueblo dependían de ello.

Había deseado muchas veces, en lo más profundo de su corazón, que Alantarior estuviera junto a ella, porque el recuerdo que tenía de él era dulce y agradable. Aun así, se decía que aquella sensación debía de ser parte de un sueño, pues cuando Alantarior se marchó, ella no tenía ni

cuatro años. Todavía no entendía por qué su padre se había quedado en el otro lado y la había abandonado.

Sin embargo seguía soñando muchas noches con él. Cuando era pequeña y lord Alantarior iba a su habitación, le narraba la historia de una niña que un día se enamoraría de un chico del otro mundo: un muchacho, le decía su padre, con ojos verdes, grandes como dos esmeraldas, brillantes como las estrellas y dulces como la luna. Así se quedaba durmiendo casi todas las noches, con la imagen de dos ojos verdes acompañados de la voz grave de lord Alantarior y dejándose llevar por el ronroneo de sus hermosas palabras. Pero en cuanto abría los párpados toda la magia se esfumaba como el humo sale por una chimenea. Y entonces se enfurecía con su padre por haberla dejado sola.

La luna se escondía perezosamente tras el monte Miwofu. Adoraba aquel espectáculo. El cielo formó un arco plateado y poco a poco se fueron formando ondas que iban incrementando su brillo. Suspiró; unas lágrimas corrieron por sus mejillas y se perdieron en sus labios. Se secó, rabiosa, con la palma de su mano. Cariön jamás le hubiera perdonado esas lágrimas.

Antes de vestirse, ejecutó una tabla de ejercicios que realizaba todas las mañanas antes de desayunar. Con el cuerpo bañado en sudor, entró en una bañera de agua fría. Se pasó varias veces por la piel un guante de esparto, como le habían enseñado en la academia. Aunque al principio no le gustaba ese ritual, al cabo del tiempo terminó por acostumbrarse. Oyó el primer toque del lituus y poco después el gallo de lady Moura comenzó a cantar.

Amanecía. La hora había llegado. Salió de la bañera y dejó que su cuerpo se secara con los primeros rayos del sol. Una vez seca comenzó a vestirse. Se puso una camisa blanca de mangas anchas y cuello alto con chorreras. Encima de la camisa se colocó un corsé de seda negro, unas medias gordas y lechosas y una minifalda de tul blanco. Después se

abrochó un cinturón ancho de color dorado, y por último se sentó al lado de una cómoda y se calzó con unas botas de charol níveas. Cogió un cepillo de cerdas de jabalí para pasárselo cincuenta veces por su pelo rubio casi cano. Su nodriza, Marmelia, se lo peinaba dos veces al día. Aún echaba de menos que no la despertara por las mañanas y que no viniera a acostarla todas las noches. Antes de dormirse, Marmelia le contaba historias antiguas, y a veces tenía tanto miedo que Sylvia le rogaba que durmiera junto a ella.

Le gustaba su olor, mucho más que el de su madre, pues desde que recordaba, lady Moura no había compartido muchos ratos con ella. El olor de Marmelia recordaba a la mermelada de fresa, dulce, aromática y con un toque a vainilla. Así pues, creció bajo la tutela de esta mujer, que no tuvo hijos, pero que le dio todo su amor. Fue una niña mimada, risueña, que se maravillaba ante cualquier cosa. Y eso fue así hasta que cumplió los diez años.

A partir de entonces dejó atrás su niñez de una forma brutal y entró a formar parte de la guardia de lady Moura. Por aquel entonces, Cariön, padre de Cariän, era el jefe de la guardia. Era un hombre áspero, de pocas palabras, inflexible a los ruegos de la niña. Lady Moura lo tenía en gran estima porque era el único caballero que se atrevía a decirle la verdad a la cara. Muchas veces Cariön le había comentado que Sylvia no estaba hecha para esos menesteres, pero lady Moura insistía en que la niña había recibido una educación demasiado remilgada.

—Si Sylvia va a sucederme en el gobierno del Imperio tiene que aprender a saber que la vida no es como los cuentos que le narra Marmelia. La vida es dura —solía decirle lady Moura a Cariön—. Quiero que la trates como a cualquiera de tus hombres. Ya no tiene edad para jugar con muñecas.

Todos los meses Cariön le llevaba informes sobre el adiestramiento de Sylvia, y lady Moura le exigía que fuera

más duro con ella. Así que tras cinco años de férreo entrenamiento, se convirtió en un miembro de la guardia de lady Moura, olvidando el sonido de su risa, sus sueños de princesas felices, pero no las historias que le contaba Marmelia.

Después de peinarse, se recogió dos moños por encima de sus orejas. Hizo una trenza en cada moño, con un mechón de pelo negro de la melena de Cariän, que él le había regalado cuando anunciaron su compromiso. Extrajo de una caja de plata dos agujas de nácar. Las miró con amor. Quizás fueran aquellas dos agujas los únicos objetos que realmente apreciaba. Marmelia se las había regalado al entrar en la academia, señal de que tenía la edad suficiente para defender la ciudad de Bobair. Comprobó que ambas agujas estaban afiladas pinchando levemente la yema del dedo índice de su mano izquierda. Seguían como el primer día en el que se las habían regalado.

De un cajón oculto que tenía en una cómoda, sacó un pequeño tarro de cristal con un mejunje muy oloroso. La habitación se impregnó de un aroma dulzón. Mojó las puntas de las agujas ligeramente en la pasta y se las puso en los moños. Se miró en el único espejo que había en su habitación. Su cara era pequeña, bien redondeada, de barbilla poco marcada. Sus ojos eran del color del bronce, tan luminosos como el sol. Sus labios eran pequeños y carnosos. Las mejillas siempre tenían rubor, a pesar de que su piel fuera pálida. Sacó de otra caja de madera unas horquillas con forma de mariposas de color verde esmeralda, el mismo de los ojos con los que tantas noches soñaba. Se las colocó a ambos lados de la cabeza. Cerró los párpados unos instantes. Pensó en el regreso. No tenía miedo, pero el cruzar la puerta hacia un lugar que no conocía le producía una cierta desazón. Se levantó con cuidado, ligera como una pluma, tal y como le había enseñado Cariön. Cogió una capa de piel de tejón blanco, se la colocó y se encaminó hacia la sala del trono.